

El violín sobre el vacío: acerca del logos filosófico en el discurso reflexivo de Cintio Vitier

Ivette Fuentes de la Paz

Investigadora. Instituto de Literatura y Lingüística.

De modo esclarecedor comentaba el poeta José Lezama Lima: «*Orígenes*, la revista y el estado de expresión que representa, ha sido siempre un fervor y una decisión intelectual, pero nunca un modo grupal de operaciones, la coincidencia de criterios que deben ser suscitantes y diversos, nunca estáticos y coincidentes en claves y signos». ¹ Esto explica que aun dentro de la misma corriente y afinidad de ideas que imantó al grupo de intelectuales en un mismo «fervor» y «decisión intelectual», hubo criterios y conceptos que, a más de caracterizar individualidades, representaron la dinámica orgánica y vital requerida para ser y proseguir como fenómeno vivo dentro de la cultura. Es exactamente el sentido de la *coincidentia oppositorum* que necesita todo hecho o fenómeno, tanto en el contexto natural como social, para cumplir su ciclo vital de apoyo y catapulta de formas e ideas. Como poética de grupo, *Orígenes* trascendió el avatar de su circunstancia e impregnó, más allá de una época, una forma de hacer poesía y de reflexión que abrió nuevos derroteros en la historia de la cultura cubana.

Primera Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2008, en la modalidad de Estudios sobre arte y literatura.

Para Orígenes, las circunstancias como coyunturas circunstanciales podían ser trascendidas, y la cultura no supeditada al fatalismo social sino seleccionada por una elevación de espíritu, verdaderos nexos de correspondencia con ella. Era un nuevo modo de entender la relación Poesía-Historia donde se insertará también la moralidad o, más profundamente dicho, la «eticidad», la que en Cintio Vitier —poeta de Orígenes— será vista como un afluente de la corriente fluida del «gran tiempo», que abarca épocas, circunstancias, estados, de donde se nutrirá el «verso amigo», como «espada reluciente», en igual rango que en José Martí, calidad poética que distingue esta eticidad como «ética estética» —en directa alusión al concepto juanramoniano—² relacionada con lo Bello como conducta mejor.

En el *ser siendo* —el sentido participativo en la Historia— late el concepto de *temporalidad* con toda la carga trascendente de la doctrina agustiniana, y así, con todo su fundamento cristiano y católico. De este modo, Vitier, como índice notorio de esta óptica temporal origenista ve —como viera el hombre agustiniano— el arrobamiento ante la grandeza y el inmenso misterio de saberse parte del mundo que debe

aprehender, «juez y parte» de algo a lo que tiende y que, a la vez que determina ese misterio y sublimidad, define una vocación y tendencia en la marcha. Así se perfila la «extrañeza de estar» como sentimiento primordial que trata de descubrir en el decursar del hombre por la vida, lo cual le hará profundizar en la Historia a través de un visor poético que se irá impregnando de un *epos* y dará paso, a su vez, a la acentuación del *ethos* en su reflexión.

En la organicidad subyacente que da coherencia a la estructura del mundo origenista es donde se descubre el hilo conductor, no por un sentido de racionalidad o aprehensión intelectual, sino por la intuición, más plenamente identificada con la *poiesis*. Así el mundo será una imagen en constante replanteo, crecimiento y perfección. Pero no es la poesía como vía de aprehensión intuitiva de la realidad una mera intención cognoscitiva, aunque sí sea un grado en el camino de conocimiento de la realidad y por tanto de participación, sino que en Orígenes significa un «estado», una dimensión que alcanzar, no para «contemplar» una idea, una forma, un concepto, un mundo, sino para consustanciarse en él, integrarse, sumergirse. Es —tal como lo es para el cristianismo— estar en gracia, no como «trance cognoscitivo», sino como integridad en las dimensiones del espíritu para llegar —en su propensión a lo perfecto, a lo divino—, a una «estación de gloria». En la búsqueda de los «orígenes» está el hallazgo del ser temporal que ocupa, en cada escala de sus coordenadas, en cada «estado» de perfectibilidad, un modo de ser a través de su hacer circunstancial.

La cosmovisión poética origenista, no constituye solo la visión del hombre como centro de mira del entorno, es además una perspectiva ganada por la poesía, grado ascendido por una visión más «prístina», la elevada por la metáfora, lejos de cualquier lastre epidérmico, tan solo en su esencialidad, de tal forma que los rangos espacial y temporal de esa aprehensión integran un plano ontológico, pues definen la naturaleza del ser, que a su vez es una imagen más de la poesía. Al igual que para José Lezama Lima, la ontología en Cintio Vitier se apoya en un peculiar sentido de la «temporalidad», pero en este se califica como una «ontología historicista» ya que esa razón óptica se conforma por la proyección histórica del hombre, es decir, por el constante relacionar del Hombre con la Historia, una de las antinomias más marcadas del pensamiento origenista, y que en ambos poetas adquirirá nuevas y diversas resonancias. Cintio aporta una mayor significación del espacio en su calidad histórica para una evolución de su papel en él, acento que subyace en una eticidad, en una valuación de la conducta y el actuar, donde el valor del ser se manifiesta más en el plano histórico, y no, como en Lezama,

insinuado como metáfora, o sea, más encarnado en lo poético y no en lo épico.

La progresión y la «desmesura» presentes en la cosmovisión lezamiana como síntoma de transformación de la figura y participación en el tiempo, que da pie a su enunciación de las «eras imaginarias», deciden en Cintio su proceso evolutivo por una conducta plenamente factual, participativa en la Historia —donde esta se rehace a partir de una memoria activa, esperanzadora, «madre de las musas»— que, como espacio fecundante, refleja el patrimonio espiritual que le atañe, y dentro de él lo íntimo que descubre la poesía. Ello hace corresponder las concepciones de Historia y Poesía, con los testimonios que de ellas dieran fe las primeras teogonías en las que el universo, mundo mediato e inmediato del hombre, encontrara su primera expresión. La inmersión de esas figuras, que carnalizan el «ser de las cosas y la existencia humana» por la «angustiada religazón», determina la tensa y esencial relación entre la Historia y la conciencia que, según Enrique Saínz, «libran en Vitier desgarradoras batallas que solo cesarán con la muerte».³

El sentido de la convergencia hacia una conciencia superior que radicaliza el concepto lezamiano de cuerpo histórico, «puente» que se extiende por entre todos los elementos del Universo, tonifica de igual modo la epicidad en Cintio al hacer de la vida una trama en la que se ajustan los hechos y circunstancias del hombre en su decursar por la Historia. Historia que es volver los ojos al «testimonio poético», poesía que es «el espejo fiel de la integración de la patria...»,⁴ tesis fundamental que sostiene sus «lecciones de poesía» en el libro *Lo cubano en la poesía*, como develadora de la cubanidad, integración del *epos* y la *poiesis* como base de una gnoseología: «Doy así, consumando un movimiento de alma que empezó con mis estudios y antologías de poetas cubanos, el testimonio mayor de lo que soy capaz, en términos relativamente didácticos, sobre la poesía de mi país, en cuanto ella significa un conocimiento espiritual de la patria».⁵

Para Cintio, la Nación como un «todo inextricable», que es la totalidad de la Historia como forma trascendida de una conciencia humana evolucionada, es la aspiración cristiana de trascender la infinitud en lo finito, de saber perpetuarse como forma efímera —finita— en la infinitud, por la vía que es —según Abel Prieto— la «exaltación de la poesía que va a encontrarse con las esencias de la patria, que hace política “profunda” (mucho más nacional y fecundante que la mera “predica nacionalista)”»,⁶ cuya mejor expresión se tendrá por el acceso a las «zonas ocultas de lo cubano» y a las posibilidades «teleológicas» de un proyecto nacionalista viable por la poesía.⁷

La idea lezamiana de la «teleología insular», presupuesto origenista que, en sus resonancias cosmológicas y programáticas, expresa toda la grandeza de su intención ética, social y cultural, es uno de los temas que, de modo más o menos explícito, subyace dentro de la idea mayor de «lo insular».⁸ Este ha dado lugar a dos maneras de interpretación de nuestra historia: como «fatalismo» geográfico con todas las consecuencias limitantes y negativas que luego permearían otros proyectos existenciales (económicos, sociales, culturales, políticos) arrastrados hasta el día de hoy; y como intento teleológico, con otras proyecciones que también conllevan maneras de ser, las que, en cierto modo, fueron previstas y proyectadas en poéticas propias: tal es el caso de Virgilio Piñera, con el notorio presupuesto de la «isla en peso» y su gravitación de la «fatal circunstancia del agua por todas partes», que ha adquirido resonancias que enfrentan, de plano, una discursiva de «la teleología» como proyecto de futuridad y de «salvación» ante ese mismo fatalismo y, en tal sentido, también los casos de Jorge Mañach, con la tesis de la «alta cultura» como base de una superación cívica nacional, y de Rafael García Bárcena, quien apela a una «teleología política» destinada a hacer de Cuba «una gran nación».⁹

El motivo de la insularidad siempre ha sido elemento definidor del cuerpo histórico de la nación y también de las distintas «soluciones» de trascendencia. Este impulso «integrador», en una nación donde la propia forma de la naturaleza impone un sentido de discontinuidad espacial y temporal perenne, obliga a la búsqueda de una zona homogénea y firme solamente hallada en el manto oculto de una plataforma insular que «comunica» con el resto de la tierra. Esta «física oculta» que trasciende lo visible, sella las correspondencias entre la realidad y el modo de asumirse, por lo que la Historia, en tanto figura que reúne los sucesos como totalidad, es un terreno de continuos asaltos de la intuición y la imaginación, en el afán de conocer su verdadera esencia, la subyacente que engarza los sucesos en ese paisaje misterioso constituido en espacio integrador, forma más valedera de consolidar la nación. Es este el sentido origenista de ver la Historia, y el de Lezama de entenderla como Suprahistoria a través del conocimiento que permite la poesía, como *gnosis* y que incide en la profunda simiente de la historia como impulso teleológico que arrastre y anule la «fatalidad» de la desintegración; por lo que dice el poeta: «Pero ha existido siempre entre nosotros una médula muy por encima de la otra desintegrada. Existe entre nosotros otra suerte de política, otra suerte de regir la ciudad de una manera más profunda y secreta».¹⁰

La Suprahistoria que guía la madeja de los sucesos en su interrelación verdadera, que en Lezama se explica

a través de otros elementos de su sistema poético,¹¹ se apoya en la Poesía para dar una visión metafórica de la Historia, idea de la ilación oculta, del *sympatbos* que enlaza los sucesos para su gravitación, que hace decir a Cintio Vitier:

Si la historia para nosotros fuera únicamente el tiempo sucesivo, ese *fatum* sería incontrastable. Pero creemos en otra historia, la protoplasmática, la inspiradora, la creadora, la de la «infinita posibilidad» que surgió precisamente de nuestro sucesivo «imposible» histórico, y que viene saltando como Euforión, joven eterno, de roca en roca, hasta nosotros.¹²

Para Cintio, la relación Historia-Poesía —sin acudir, quizás, a la «rauda ceterería de metáforas» del discurso lezamiano y sí a imágenes más directas, propias de su estilística— se sumerge en una temporalidad como sustancia poética que salva los sucesos como decursar casuístico o cronológico, librándolos de una superficialidad que, lejos de explicarlos, los desvirtúa de su esencia. La «extrañeza de estar» impregna igualmente su visión de la Historia para acomodar los sucesos de acuerdo con una relación también oculta, avenidos sus enlaces al modo en que se fijan en esa misma historia que ahora explica. Si para Lezama la Historia es imagen y metáfora gracias a la visión de la Poesía, para Cintio se convierte ella misma en Poesía, por el enlace sucedáneo de los acontecimientos que van justificando su curso, todo en pro de un tejido, de tal modo engarzado, que la Poesía salta de ella como imagen perfecta. Y el tejido del que se vale esa visión salvadora de lo histórico es la eticidad, junto a una épica insular que amolda los sucesos en una motivación de futuridad que justifica cualquier costura. Por este afán de salvar la Historia, en unas «nupcias de lírica y épica», resulta un discurso mucho más enunciativo y reflexible de todo suceder —inmediato o mediato, visible o invisible— que se aleja de la prosa plenamente imbuida en la metáfora origenista —pensemos en el propio Lezama y sus visajes de «imagen histórica» o «eras imaginarias»— lo que quizás sea la tónica que decide a algunos críticos a definir esta relación en Cintio con un cariz de inmediatez política y vocación marcadamente ideológica. Sobre el tema se pronuncia el historiador Rafael Rojas:

Así como en el dilema de su poética Vitier liberó la tensión entre Poesía e Historia a favor de la segunda, en su biografía privilegió, al final, el rol de ideólogo y político antes que el de poeta y crítico. Este desequilibrio, lejos de superar la antinomia entre lo poético y lo histórico, de por sí insuperable, reforzó la instrumentalidad ideológica de su literatura.¹³

Si bien con esta referencia Rojas intenta definir una postura ideológica confinada a lo político, más que conceptual e ideotemática de su obra, es oportuno

señalar que, a mi juicio, Cintio no se aparta sustancialmente del modo de concebir la relación Historia-Poesía de Lezama, en cuanto al sentido ya apuntado de la Suprahistoria, pues la cuestión no está en el modo en que se incline o no la balanza, por temas o intereses particulares, sino en la tendencia a equilibrar la ecuación cuando hace de la Historia una forma más de la poesía, y así evidencia un modo peculiar de verla, lo que significa ahondar en el sentido oculto del suceder y no en el devenir cronológico y por tanto casuístico de la sucesión.

Desde esta misma óptica donde se acentúa el cariz ideológico —siempre presente— de las concepciones teóricas de Vitier, «exaltación de la poesía que —según expresa Abel Prieto— va a encontrarse con las esencias de la patria».¹⁴ Apunta el ensayista cubano la dirección que toman los juicios de Cintio sobre la poesía cuando, al valorar la conciencia poética por sobre lirismos sin trasfondo —lo que justificaría en el poeta su refutación del «purismo» y de la «poesía pura», también señalado por Prieto— hace de su peculiar recuento de «lo cubano en la poesía» un «rescate de nuestra dignidad».

En el plano tan amplio y abarcador de su cosmovisión espiritual, donde Poesía e Historia se interrelacionan como hijas del «espíritu» y la «conciencia», Cintio sitúa la urdimbre de lo histórico apoyada en la misma cualidad intrínseca que hace comunicar las formas insulares con lo universal, tal como buscaba Lezama con la metáfora redentora de la teleología insular, para hacer de la naturaleza como *Physis*, el espacio en el que se erige todo suceder, física oculta que deviene corriente temporal y poética, a la que acude como madre de sabiduría: «El Heredia real y operante de nuestra naturaleza histórica es Heredia abrazando sin saberlo a Martí, abrazado por Martí. Lo demás son pesquisas académicas, bibliografía al pie. Con ese abrazo empieza la lógica de nuestra *Physis*, el argumentar de nuestra naturaleza, el argumento de nuestra historia».¹⁵

Palabras que iluminan plenamente el concepto de Historia en Vitier con su trasfondo amalgamado en lo social y lo natural, tan caro a todo el pensamiento reflexivo cubano, y que conjunta, en la *physis*, no solo la naturaleza física como escenario de lo fenoménico, sino como habitáculo de lo espiritual, del alma de una nación que no puede darse más que con una mirada poética que irradia, como metáforas, figuras y sucesos, personajes y espacios, todos unidos en una «naturaleza histórica» que se vuelve *gnosis* poética.

En Cintio Vitier, la *physis* no es una lógica racional, sino —tal como fuera en el pensamiento de María Zambrano—, una «lógica del sentir», por lo que no es fortuito que este espacio de poesía como historia se identifique con el concepto de «patria poética» de Zambrano, con el que ella calificara la «Cuba secreta», y

también con la relevancia dada al espacio físico por Juan Ramón Jiménez para entender, en toda su medida, el avatar humano —que le hace decir: «Yo quiero siempre los fondos de hombre o cosa. El fondo me trae la cosa o el hombre en su ser y estar verdaderos»¹⁶ y que resueltamente expresa el poeta cubano en los rangos —«estratos»— de aprehensión cognoscitiva, a partir de la poesía:

La poesía va iluminando al país. Lo cubano se revela, por ella, en grados cada vez más distintos y luminosos. Primero fue la peculiaridad de la *naturaleza* de la isla. No olvidemos que el fondo natural es decisivo para entender las configuraciones del carácter, el sentimiento y el espíritu. Muy pronto, junto a la naturaleza aparece el *carácter*: el sabor de lo vernáculo, las costumbres, el tipicismo con todos sus peligros. Más adentro comienza a brotar el sentimiento, se empiezan a oír las voces del *alma*. Finalmente, en algunos momentos excepcionales, se llega a vislumbrar el reino del *espíritu*: del espíritu como sacrificio y como creación.¹⁷

Para entender la línea de integración en la que coexisten tales sucesos y personajes, tiempos y épocas, realidades y metáforas, y que dan como resultado un peculiarísimo modo de concebir la Historia, debemos remitirnos a su idea integradora —«nupcial», aludiendo a sus palabras— de lírica y épica, *epos* y *poiesis*, en la que tiene igual cabida —e idéntica aprehensión— el suceder histórico más real y cotidiano con la historia «protoplasmática», simbiosis que hace surgir la «historia poética», en la que insiste como «*physis* de nuestra lógica, naturaleza de nuestra historia».¹⁸

Este entretejido es la base que sustenta el sentido de la historia y, más aún, la esencia de una conciencia nacional, vislumbrada en el quehacer factual e intelectual de los próceres, no estampas fijadas en un pedestal, sino memoria viva y translúcida que subyace en la Suprahistoria como guía de su «interpretación histórica» que no se queda en los orígenes sino que parte de estos para irrumpir en una comprensión viva de la historia más inmediata. Esta actitud de conocimiento del espacio histórico es uno de los elementos en que se apoya su gnoseología, en semejante linaje al «espacio gnóstico» lezamiano en donde la tierra se convierte en código descifrable porque los signos se hacen comunes por la visión poética. Por esta plasticidad del espacio, proclive a la diversidad de interpretaciones, «infinita posibilidad» de miradas de un mismo paisaje, debemos a Cintio una concepción de la historia donde «realidad social» y «acción política» constituyen un mismo sujeto. Si para José Martí —y según su propia exégesis— la Naturaleza es «centro de su cosmovisión espiritual»,¹⁹ para Cintio será la «Patria» como encarnación poética de la historia (espacio «tangible», espacio «intangible», como toda *physis*), el centro desde el que irradia un discurso que busca en lo «fiel intenso» «lo intenso extensionable», como sentido de su propia «teleología».²⁰

En lo «intenso extensionable» es donde podemos encontrar las múltiples «coincidencias opuestas» de nuestra Historia, si hemos sido capaces de entender las conjugaciones de la épica y la lírica y así vislumbrar el tapiz tejido por la *gnosis* poética:

En algún lugar Lezama dijo que la capacidad histórica de un país no se debe a su extensión sino a su intensidad. Aludía, desde luego, a Cuba, y es una idea en la que tenemos que detenernos porque está brillando con vehemencia en los ojos de Varela, Luz, Céspedes, Martí. ¿Qué significa esa intensidad con que miran y nos miran? Algo precioso están mirando, o queriendo ver, a través del discurso filosófico, pedagógico, político, poético. Ese algo precioso es aquello por lo que clamaban los indígenas fantasmas que Plácido oyó entre arremolinados y mudos jirones de neblina del Pan de Matanzas: «¡Cuba...! ¡Cuba!».²¹

De algún modo, así nos explica «la intensidad que nos sustenta».

Historia: un mundo moral por la poesía

Recuerda Cintio en un memorable ensayo²² que la eticidad es un elemento universal y sustancial de la libertad como distingo de la simple moralidad o, más bien, como un rango superior. El cristianismo, trasunto del discurso reflexivo de Vitier, presupone igual condición; como bien se asevera en la Encíclica *Veritatis splendor* (1993) de Juan Pablo II, no hay moral sin libertad, pues la libertad descubierta en el «camino de la verdad» constituye la «obligación moral» que hace que una vez descubierta deba ser perseguida.

De alguna manera, tales asertos se sienten en la poesía cubana develados por una mirada que busca, además de la esencia de una nación en el modo de la expresión poética, la «conciencia moral» que la sustenta en la propia condición actual del poeta. Esta moralidad y eticidad que interpretan el don de la libertad humana como principio de existencia, y regidor de una conducta en pro del bien (ciudadano, patriótico, individual) es la vara que mide tanto la obra exegética como la creación poética —entendida en la prosa y el verso— de Cintio Vitier, creación que exige «devoción por ella misma, no por sus cándidos trofeos», conjunción del «idioma y el espíritu [...] en cuyas relaciones actúan como príncipes sombríos la historia y el agitado peso de la conciencia».²³

La referida relación Historia-Poesía que subyace en el discurso reflexivo de Cintio Vitier sostiene también una forma de eticidad como «norma de conducta», como sustancia de su actuar y de su obrar poético. Reflejando la dicotomía martiana de «lo imposible, es posible»,²⁴ desarrolla argumentaciones sobre la veracidad interpretativa de la historia y la validez de la imagen poética como mediadora o «puente» entre

lo sucedido y su aprehensión; es decir, sobre la validez de una gnoseología historicista a partir de la poesía, para abrirse a planos cosmológicos y eidéticos. En Cintio, el puente que une las orillas de «lo real» y «lo inexistente», que es la poesía, tiene que enfrentar «la realidad misma del imposible en las cosas y los hechos» en tanto «cualidad constitutiva» del «imposible» que es la esencia de la realidad.²⁵ De aquí que la interpretación de «las cosas y los hechos» como elementos de la historia apele a las profundidades que calzan el devenir y explican ese comportamiento expresión de una moralidad que los expresa. Por ello dice: «Hay una vida moral, íntima y social, hecha de altibajos pero siempre pugnando por alcanzar niveles más altos a través de los inmensos obstáculos de las fuerzas regresivas y desintegradoras, e incluso utilizando a veces sus mismos resortes con otros fines».²⁶

En orgánica consonancia, por quien penetra en la Historia con el haz de luz de la poesía, Cintio hace de José Martí un paradigma para esta «encarnación» —como él mismo dijera— de la poesía en la historia. Martí es la expresión más exacta de su propia convicción y de su poética, lo que le hace decir con justeza (y que a nosotros nos asombra en su semejanza de presupuestos) sobre *Versos Libres*: «Una poética fundada en la naturaleza, en la identidad vida-poesía y en la trascendencia de la conducta rige estos poemas sacudidos y a veces rotos por una fuerza plutónica ascendente».²⁷

De este modo se enlazan en Vitier su concepto de *physis* en su trasunto esencial y espiritual que cohesionan a una nación como espacio mayor de integridad, su concepto de poesía como visor y conductor de un hilo existencial, y la fijación de esa existencia, expresada y captada por la poesía, como un trascender humano, en su particularidad temporal, por la conducta que expresa la esencia de una moralidad, elemento que se constituye en un arte final en la vida.

Importante es destacar la correspondencia que establece Vitier entre los lenguajes filosófico y poético —tan en consonancia con la imprescindible María Zambrano y sus tesis vertidas en el libro *Filosofía y Poesía* (1939)— nacida de lo que él llamara «descendimiento de la razón» o «piedad de la razón», que particulariza su pensamiento con la religación amorosa entre *gnosis* y sentimiento, a su vez caracterizada por un *logos* (como relación) de donde surge la «función fabuladora» de su creación como «auténtica facultad cognoscitiva»,²⁸ siempre volcada a una «experiencia de la poesía». Ella proviene del acoplamiento básico de las «razones del corazón» que sustentan el sentido cosmogónico de su poesía, espacio donde caben, en igual rango y junto a ella, el poeta y su historia.

En tal conjunción se apoya otro de los conceptos fundamentales de la eidética de Vitier en la que se funden

La profunda convicción y conocimiento de Vitier de las enseñanzas de la Iglesia, calan con profundidad un pensamiento que sitúa su *logos* a medio camino entre la *poiesis* y el *epos*, como índice de eticidad, y responde a inquietudes lanzadas por la religión y la cultura más universales desde las particularidades más próximas, en función, el poeta mismo, de una postura moral como intelectual.

el *epos* y la *poiesis*. En esta «imaginización» la imagen traspasa su condición «imaginaria» para ser «testimoniante», realidad «encarnada» como un misterio más que fecunda su «extrañeza». Este misterio que revela en destellos la poesía, expectante y vibrátil, viva, en el umbral de su signo, es lo que el poeta llama «la imagen simbólica no verificable» que despierta la «extraña nostalgia sin motivo»,²⁹ es decir, el «conocimiento de fe» que blasona el cristianismo, y que sin desdecir del misterio, lo descubre desde lo íntimo del alma; poesía mística, religiosa, en la que San Pablo advirtiera el deseo y la nostalgia del Dios que habita en lo más profundo del corazón del hombre; «imagen simbólica» que verifica las palabras de San Agustín: «en el interior del hombre habita la Verdad»;³⁰ añoranza de verdad, difícil reencuentro donde el hombre se mantiene «como en el alba, difusa del ser».³¹

En el sustrato de la eticidad —búsqueda añorada de la verdad que es la base del actuar humano—, Cintio sitúa el amor, porque, para él, «el amor es la justicia y solo el amor puede verla»,³² palabras que recuerdan aquellas martianas: «El amor es quien ve», a su vez apoyadas en las bíblicas que rezan «el amor todo lo puede».

El amor como motivo de pensamiento y acción de cada hombre más allá de sí mismo como individuo, para ser acicate de conducta y «mejoramiento humano», es rescatado por Cintio Vitier del trasfondo humanista y cristiano del pensamiento de José Martí, que se arraigara en él como amor compartido «con los pobres de la tierra» y que en ese acto se vuelve «compasión» y piedad, tal y como nos recuerda el poeta origenista en una de sus reflexiones martianas: «La piedad —dijo Martí— es el sello de las almas escogidas»; sentimiento igualmente advertido cuando recuerda que «los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generoso».³³

Nos llama la atención que en el fecundo diálogo sostenido por Cintio con el profesor japonés Daisaku Ikeda,³⁴ en la sección dedicada a las reflexiones sobre el «espíritu poético», un acápite se titule «El corazón capaz de condolerse, don de los poetas». La «conmiseración» como uno de esos sentimientos, que

se hace «don de los poetas», se interpreta en Martí, y en el propio pensamiento de Vitier, como un espectro mayor del que pueda expresar un determinado sentimiento religioso, para hacerse elemento constitutivo de la base espiritual del hombre. En tal sentido, recuerda el profesor Ikeda el término *jibi* que expresa el «valeroso espíritu solidario» de compartir el dolor ajeno, y que en el budismo Mahayana significa hacer uno el dolor propio y el ajeno.³⁵ Refiriéndose a este sentimiento de compasión en Martí, Cintio integra «el don de poesía» y el «doloroso sentir» en uno solo, que constituye para él una ética paradigmática basada en la entrega y el sacrificio como requerimientos de una conducta que además de magnificar al hombre como individuo, permite su conjunción con los hombres como grupo social. Esta idea, que subyace en el pensamiento reflexivo de Vitier y que al tonificar la relación Vida-Poesía, da solución al enfrentamiento Poesía-Historia, le hace decir: «Solo la formación de un hombre nuevo podrá hacer prevalecer la ética en las relaciones sociales, y para que ello se torne realidad hay que apelar y fomentar la facultad humana de asociarse».³⁶

Así vemos cómo en Cintio, este término, que ya apunta a una intención política en la conducta del hombre, está condicionado por el «amor» que mueve al sacrificio por su actitud de entrega, «humanismo» que rebasa una particularidad religiosa para convertirse en «humanismo cósmico».³⁷

Este, como religación de todas las realidades —que a través de la poesía se descubre como fuente primigenia en el pensamiento de Vitier—, expresa un «acto de fe», una intención gnoseológica que busca descubrir la verdad latente y revelada por esa poesía, pero no encerrada en sí misma como revelación individual, sino tocada en sus tangentes con el derredor, que para Cintio representan «sencillamente la caridad, la comunión, el prójimo».³⁸ Por tanto, ese excelso «amor al prójimo», pilar del mensaje cristiano, se proyecta en estratos que van desde la «religión natural» de José Martí hasta lo que José Ferrater Mora —salvando especulaciones intelectivas o míticas y trasponiendo la figura cristiana— llamara una «religión humana».³⁹ La fuerza del humanismo cristiano, que engarza a Cristo-Jesús con el semejante, confirma la «religación» del poeta

«con los pobres de la tierra», con la que salva «aquel violín sobre el vacío», porque: «en estos campesinos, y no en ningún libro ni poema ni/ paisaje ni conciencia ni memoria, se verifica la sustancia de la «patria como en el día de su resurrección».⁴⁰

Así nos acercamos a la integración de poesía y política, vertientes de una misma conducta, es decir, de una misma fuente de eticidad que convergen en el espacio mayor que es la Patria, asunto que en Vitier consolida el «parentesco profundo de la Belleza y la Justicia», pilares que, junto al Bien, toman su fortaleza de una tradición patrística y, aún más, de la antiquísima sabiduría de los profetas; virtudes que hacen de la cadena de sucesos históricos, una historia de la eticidad.

Epos y poiesis: la profecía

No podemos extrapolar el pensamiento reflexivo de Cintio Vitier de su base profundamente religiosa, dirigido su feísmo a una concepción historicista donde Dios es el Señor de la Historia, y porque es en ella y en el tiempo no eterno, sino humano, donde ha comunicado su existencia. Mas para comprender plenamente el contenido ético de la historia, hay que recordar que para la teología católica, Dios se proyecta en la vida terrenal a través de Cristo, su Hijo, avatar humano que guía el «libre albedrío» de los hombres como un compromiso de continua ascensión y perfeccionamiento en una escala de aspiración a lo divino. No se explica el sentimiento crístico sin comprender que el hombre opera en la Historia a través de su actuar, o lo que es lo mismo, por una misión encomendada dentro de un Plan divino. Esto hace de la conducta y la moralidad una base no solo de eticidad sino de esencia actuante del hombre como individuo y colectividad, «pueblo de Dios» adonde se integra como un elemento más.

Las concepciones historicistas y éticas de Cintio Vitier, imbuidas en este misterio de fe, están directamente relacionadas con la enseñanza del pensamiento de los profetas⁴¹ —proyectada en las historias bíblicas del Antiguo Testamento— donde la «ley de Dios» se identificaba con «la ley moral» que además de tonificar la vida y el comportamiento de los hombres, calificaba igualmente a las naciones.

De la identidad entre ambos conceptos proviene el sentido inherente de Bondad y Amor, propio del pensamiento profético, base de toda ley y, por consecuencia, de toda legislación social que regule el comportamiento de los hombres. La dicotomía Bien y Mal va estableciendo, para los antiguos profetas, el diseño de una legislatura donde el hombre ve reflejado el camino de perfección que debe guiar su vida y así su

comportamiento en sociedad. La conjunción de los sentimientos de misericordia, derecho y justicia, al igual que la piedad —términos que expresan muy sutiles distinciones, pero que se enraízan en un sentimiento común de fidelidad amorosa— tienen su base en la palabra hebrea *chesed*, o sea, devoción amorosa y fiel a Dios.⁴²

Misericordia, derecho y justicia, surgen del sentimiento de amor a Dios y conforman su Ley y la ley moral que ha de regir a hombres y a pueblos, según el pensamiento religioso de la Antigüedad que permeó y consolidó, a través del cristianismo, los pilares de toda la cultura occidental. Sobre estas bases éticas se alzarán la justicia de «hombres y naciones»; para ello se dice que «la ley funde al individuo y la comunidad en una unidad moral».⁴³

Sobre la base de la «unidad moral» Cintio Vitier concibe las relaciones del hombre y su nación, en un sentido patriarcal que se asume no solo como grupo o cuerpo social, sino en su sentido de «patria» —Pater, Dios— que consolida el espacio de acción del hombre y sienta las bases de su entrega —solidaridad— hacia sus semejantes. El sustento religioso de este pensamiento obliga a enraizar toda apreciación de un devenir histórico del hombre como una evolución de esa proyección de amor hacia sí mismo y hacia sus prójimos, y que guía su actuar. No es fortuito, sino sumamente orgánico, que la base más profunda de comprensión de la historia cubana sea la de una eticidad como vitral de una moralidad significativa, por cuanto apunta sus miras al espíritu del hombre y así de la nación.

La solución del enfrentamiento Historia-Poesía —Cintio ha señalado alguna vez su inclinación a la primera frente a la segunda—, equilibra sus antagonismos cuando entendemos la profundidad del pensamiento que comuniza los dos extremos de la ecuación. La Historia es visionada por la Poesía —ya se ha dicho— en tanto la imagen se carnaliza como hipóstasis, más que como un tránsito entre «lo real y lo imaginado». La Poesía penetra la Historia y la interpreta, porque ambas actúan dentro de la irradiación de una «ley moral» que, como ley de Dios, es movida por el Amor, el Bien y la Justicia. Las cualidades de la Vida Buena, requieren el «derecho, la misericordia y la justicia», pero, de acuerdo con el pensamiento profético, deben estar profundamente enraizadas en el conocimiento de Dios, el que no está reñido, en ningún modo, por un actuar terrenal en pleno comprometido con el hombre, que así obedece a la ley divina en su correspondencia con la ley moral que lo guía.

Mucho tienen que ver, en tal sentido, los modos de la Revelación divina, que otorga una base conductual en su parangón cristiano, pues, como bien expresa Cintio, Dios habla a los profetas desde su propia

identidad, esencia única en el «símbolo» —«la zarza ardiendo»— no convertida sino revelada, luz que «desconoce las metamorfosis».⁴⁴

En función de esta rectitud de obrar, no podemos olvidar que el epifánico dictado de los Diez mandamientos a Moisés, ocurre como una solución a la amoralidad en que su pueblo —el de Dios— había caído, no solo por el sacrílego error de adorar a dioses profanos, sino por su comportamiento disipado y desordenado; es decir, la Ley de Dios aparece para imponer un orden y una moralidad que más que enseñanza meramente «religiosa», tal y como hoy es entendida, es instrucción de comportamiento colectivo y social.

Al respecto, nos dice Cintio:

Lo que hay que hacer (y no es azarosa la reiteración de este verbo) es poner fin a la injusticia que se comete contra el prójimo en primer lugar, y contra nosotros mismos. Cumplir con ese deber, iguala a los hombres más allá de que tengan o no una concepción religiosa de la vida humana. No olvidemos que en el Evangelio se lee también: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos» (San Mateo: 7, 21).⁴⁵

De aquí surge, orgánicamente ligado a la cualidad de la Vida Buena, el espectro de dictados morales y éticos que, cumplidos por la sociedad, derivan en la idea de «justicia social», de tan alta connotación política en la actualidad, con una base profundamente religiosa como idea profética. La comunidad está integrada por ciudadanos que definen con su conducta el desarrollo de la nación. En tal sentido, los profetas definen la «conducta recta» tal como diría Isaías, que es «el hombre justo en sus caminos y recto en sus palabras, que no quiere ganancias fruto de la violencia, y cuya mano rechaza el presente corruptor...» (Isaías: 35, 15).⁴⁶ Tanto los males juzgados por la Ley moral como los deberes impuestos por ella, encausan una eticidad que da tono a un fondo de comportamiento social, normas que sin estar escritas en legislaciones de gobiernos, permean la proyección social del hombre acorde con un sentido de virtud, como «buen obrar», justeza de acción en la que insiste Cintio:

Nos vienen a la mente las palabras de Isaías: 24 («Y la tierra se inficionó bajo sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno...»), y su relación dialéctica con Isaías: 35, el himno de la gloria, hermosura y alegría del desierto, la restauración de la naturaleza, es inseparable de la redención de los desdichados.⁴⁷

Estos postulados se clarifican cuando el ensayista recuerda la autoproclamada «religión natural» de José Martí —«la religión futura, “la religión natural”, de la que también hablara San Pablo (Romanos: 2, 14-16)»—⁴⁸ tan plenamente manifestada en su «Prólogo al Poema del Niágara» donde el canto a la magnificencia de la

naturaleza se traduce en henchimiento moral y espiritual del hombre.⁴⁹

Como ya hemos expresado, la balanza que inclina la relación Historia-Poesía hacia esta última, no obvia la interpretación histórica ni la desecha, sino que se vale de la propia poesía como «método intuitivo», como «piedra de toque, criterio de verdad»⁵⁰ para revelar de ella los instantes valederos que, a su juicio, comportan un significado esencial para dar forma acabada a esa historia.⁵¹

El difícil equilibrio que sortea Vitier en cualquiera de sus discursos (poético, ensayístico, crítico, narrativo) con sabio magisterio, lo alejan de una inmediatez rampante, para situar el tono justo de la palabra y su sentido en lo poético, no en referencia a una estilística o lenguaje metafórico (donde cabrían distinciones de opinión) sino en «la sugestión de su misterio irreductible», que es su cualidad expectante y condición de umbral de todo sentido. De tal modo, su interpretación de los hechos y sucesos reales como una «historia de la eticidad» que la sostiene en esencia, y su panorama de la poesía a partir de «lo cubano», coinciden en la penetración de ambas en la sustancia de «lo imposible», que es lo real como «extrañeza» anunciado en otra realidad «poética». Si bien para Vitier «la poesía nos cura de la historia» como «profunda continuidad» y así se constituye en el verdadero lazo unitivo de la historia y la tradición, no es esta un elemento compensatorio o auxiliar, sino iluminador de los espacios y de la «cualidad constitutiva de las cosas reales», contexto que se verifica en la medida en que se expresa esa realización. La poesía, como «inspiración misma de nuestra alma» es la que permite que la cualidad inapresable de lo real —en este caso, de lo histórico—, se vuelva operante y convierta la imposibilidad en posibilidad (dicotomía martiana de «lo imposible, lo posible», ya hemos visto) para empezar «a ver todo el esplendor de lo discontinuo, de lo fragmentario y lo *imposible* en el reino del espíritu».⁵²

Otra semejanza se aprecia en la obra ensayística de Cintio, debida al paralelismo entre poesía y religión, ambas imbuidas en el reino del alma y el espíritu, y que explica su peculiar óptica de reflexión, tanto en el terreno de los hechos (historia) como en el de las ideas e imágenes (poesía), sin que de ningún modo una opaque o sustituya a la otra, a pesar de sus vecindades —asunto que también se puede aplicar a las variadas amalgamas entre religión y filosofía, reflexión o cultura—⁵³ sobre lo cual apunta: «Por mi parte, sigo creyendo en ese vínculo profundo de religiosidad y poesía, tan desacreditado hoy; pero le confieso que no comparto la fe en una especie de relevo de las religiones por la poesía».⁵⁴ Para Cintio, la diferencia fundamental entre ambas, radica en que la poesía es índice de «fugacidad», mientras la religión es un «anhelo de eternidad». Aunque,

a mi juicio, esta distinción solo estriba en un «método» de aprehensión del tiempo o una forma de interpretación, a ambas les asiste la gracia de la perdurabilidad en el tiempo, hermanadas por la misma disposición de vuelo hacia las zonas más recónditas del alma y el espíritu. Su semejanza estriba en la profundidad de penetración en lo recóndito del hombre, no solo para su «conocimiento» sino para su «mejoramiento», es decir, por su convergencia en la eticidad.

Es interesante destacar entre los ideotemas de la obra de Vitier, además de la poesía, la cultura y la historia, con las ópticas ya comentadas, la política, en su calidad de contexto de mayor colindancia con el ser actual del hombre y de su expresión de conducta, es decir, con su proyección social. Tanto en sus reflexiones sobre la eticidad en la historia nacional o sobre la poesía misma, y particularmente en su exegética martiana, Vitier insiste en las relaciones individuales y colectivas en función del bien común, y en ello basa el canon que mide cualquiera de sus apreciaciones, en función de lo Bueno y lo Justo, tal como se aprecia en las ideas evangélicas del Sumo Bien (*summum bonum*). El entretejido orgánico que es la sociedad, y por ende la nación, se convierte en él, al igual que fuera en el pensamiento de los profetas, en un diagrama sostenido por la moralidad, entendida como integral de virtudes colectivas.

Estos principios éticos donde se funden Patria y Poesía, y en los cuales Vitier tanto insiste a propósito de la figura de José Martí, son la base de una sociedad justa. Tal aserto nos retrotrae nuevamente al contexto religioso como idea de los profetas:

Los principios éticos deben dar forma al orden social y los deberes éticos han de ser cumplidos por la sociedad. Se resumen en la frase «justicia social», que requiere la cualidad justa en la vida de la comunidad; justa, de acuerdo con la ley moral.⁵⁵

Vemos así cómo el pensamiento profético ha participado en la génesis de conceptos vigentes en un discurso político y social, como lo es el de «justicia social», tan caro a las corrientes de pensamiento progresistas, pilar de la democracia moderna y que, más allá de su interpretación feísta o catequista, da luz al interés de la Iglesia por los problemas del hombre. Lejos de una retórica aislada de las coordenadas del mundo, la Doctrina Social de la Iglesia, avalada por siglos de experiencia en el mismo escenario de acción humana y en los múltiples escenarios de este accionar, tiene como uno de los principales postulados el que aparece como primer mandato de Cristo: el amor. Así observa: «El mandamiento del amor recíproco, que constituye la ley de vida del pueblo de Dios, debe inspirar, purificar y elevar todas las relaciones humanas en la vida social y política».⁵⁶ Más adelante expresa la

naturaleza de ese amor en el contexto de interrelaciones personales del hombre: «“Humanidad significa llamada a la comunión interpersonal”, porque la imagen y semejanza de Dios trino son la raíz de “todo el *ethos* humano... cuyo vértice es el *mandamiento de amor*”».⁵⁷

Sobre este mandamiento, intrínseco a la condición humana en su necesidad de darse y volcarse en el Otro que crece hasta hacerse grupo social y nación, el cristianismo exhorta a destacar, a partir de cada hombre, la cultura que lo representa, pues —como reflexionara Juan Pablo II— «la cultura tiene en sí misma la posibilidad de acoger la revelación divina», ya que «toda cultura lleva impresa y deja entrever la tensión hacia una plenitud».⁵⁸ Plenitud a la que llega la Humanidad en su dimensión coral y única, en una diversidad de culturas que significan una misma voz, lo que hace posible que la «revelación divina», como esencia del mensaje profético, pueda ser aprehendida por la fuerza imaginativa —poética, metafórica— de sus visiones, que es el traspaso de la propia imagen como misterio.

Misterio audible en los acordes de un violín, por la música que todo lo aúna, todo lo encarna: «El mundo sube a la tensión de la cuerda. Los dedos del corazón entran en la lira, en el número. El arco baja del vacío a la encarnación dolorosa, cantante».⁵⁹ Para Cintio, el mandamiento de amor se hace sonido audible, música que es su propia «imagen simbólica» de la profecía.

A la altura de cada hombre, el inicial mesianismo de David se supera en la figura de Cristo —o en la «imaginización» que se tenga de él—, modo en que la «revelación divina» del mensaje profético se hace más «audible». En esta cercanía, la parábola del «hijo pródigo» representa todos los caminos —todas las culturas— y auxilia al Hombre en su peregrinar para que reconozca el mundo en su diversidad, hasta que llegue a él, su hogar, cuando «la luz es poca al fin, y el ángel oye».⁶⁰

El trasunto cristiano y la correspondencia del pensamiento de Vitier con la mejor simiente de Justicia y Amor que aportan las Escrituras, se destacan en sus constantes referencias, tanto a las enseñanzas de los profetas como a ilustradores pasajes donde se manifiestan los carismas de bondad y caridad de Cristo por «los pobres de la tierra», rasgos que se convierten en virtudes por la enseñanza del más puro cristianismo, y que han de ser la base de la conducta del hombre en sociedad.

La primera lección de Jesucristo fue nacer en un pesebre. Dios nació para los hombres en un pesebre, porque no había para él otro lugar en este mundo [...] Diríase que desde la gloria de los cielos estrellados, en medio de ese inaudito esplendor, Dios siempre está diciendo: *Yo soy el pobre*.⁶¹

La «pobreza» como virtud de inocencia y autenticidad del hombre ante Dios, «pobreza irradiante»

que se torna riqueza compartida por el sentido del dador y es base de la solidaridad derivada del imperativo «amarás al prójimo como a ti mismo», hace germinar y conciliar, en Cintio, la idea de «justicia social» con la plenitud de un fervor cristiano sostenido en la secular «ley moral» para los hombres; ideas que resalta del Libro Sagrado: «En el Sermón de la Montaña las mayores bienaventuranzas son para los pobres y los que padecen por la justicia, todas las reprensiones, para los ricos».⁶²

La profunda convicción y conocimiento de Vitier de las enseñanzas de la Iglesia, calan con profundidad un pensamiento que sitúa su *logos* a medio camino entre la *poiesis* y el *epos*, como índice de eticidad, y responde a inquietudes lanzadas por la religión y la cultura más universales desde las particularidades más próximas, en función, el poeta mismo, de una postura moral como intelectual.

Este compromiso que Cintio adquiere con la poesía y la historia de su país, marcado sustantivamente por su fe e incorporadas a su reflexión las voces de un secular cristianismo y sobre todo de un humanismo cristiano, encarnado cada acto, suceso, palabra, por una poesía que penetra y vence la imposibilidad de la realidad en que se muestran —«coincidencia de la patria invisible y la patria visible» que avizora su «memoria social»— resulta en un peregrinaje por la vida como misión de búsqueda de la «tierra prometida», en anhelo perpetuo de encontrarla, aunque quizás tropiece, frente a lo «imposible» de hallarla, con las falacias —aún más peligrosas que la imagen— de la propia realidad.

«Tierra prometida» que fuera en la visión profética de José Martí, la «tierra adivinada». Tal como dijera Cintio sobre un texto del Apóstol cubano: «la auténtica cultura, la auténtica liberación, es, sencillamente, *la tierra adivinada*».⁶³ Adivinación que «solo le es posible al amor».⁶⁴ El camino hacia la «tierra prometida», adivinada por amor, será la «lucha por el rescate de los principios éticos que únicamente pueden reconciliar a los hombres entre sí».⁶⁵ En esta conciencia habita el *logos* filosófico del pensamiento reflexivo de Cintio Vitier, en comunión con la poesía. Para comprenderlo, ha de situarse nuestra razón en el centro medular de su discurso, es decir, en lo entrañable, en el corazón. Para verlo, solo con amor.

Notas

1. José Lezama Lima, *Imagen y posibilidad*, Letras Cubanas, La Habana, 1981, p. 173.
2. Sobre este concepto, que alude directamente al libro de Juan Ramón Jiménez *Ética y ética estética* (1967), véase Cintio Vitier, «Previo Juan Ramón» (*Experiencia de la poesía*, 1944), *Obras*, v. 1 (Poética), Letras Cubanas, La Habana, 1997.
3. Enrique Saínz, «Lezama/Vitier: influencias, confluencias», *Diálogos con la poesía*, Ediciones UNION, La Habana, 2003, p. 109.

4. Cintio Vitier, «Primera lección», *Lo cubano en la poesía*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1958, p. 13.
5. Cintio Vitier, «Nota preliminar», *Lo cubano...*, ed. cit.
6. Abel E. Prieto, «Lo cubano en la poesía. Relectura en los 90», *Temas*, n. 6, La Habana, abril-junio de 1996, p. 119.
7. Sobre este aspecto, véase Abel E. Prieto (ob. cit.) que apunta también a la solución propuesta por Cintio sobre la relación Historia y Poesía.
8. Para el ensayista e investigador Enrique Saínz, este es un «concepto que está en las más profundas raíces de la cultura cubana» y es centro de la obra de Cintio Vitier. Enrique Saínz, ob. cit.
9. Véase Rafael Rojas, «Políticas intelectuales», *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio*, Anagrama, Barcelona, 2006.
10. José Lezama Lima, «Señales. Emigración artística», *Orígenes*, La Habana, otoño de 1947.
11. Entre ellos muy particularmente el «azar concurrente», los «enlaces ocultos», el «súbito» y el «incondicionado poético».
12. Cintio Vitier, «Discurso de la intensidad», *Resistencia y libertad*, Ediciones UNION, La Habana, 1999, p. 168.
13. Rafael Rojas, «Perfiles inacabados», *Tumbas sin sosiego...*, ed. cit., p. 241.
14. Abel E. Prieto, ob. cit., p. 119.
15. Cintio Vitier, «Discurso de la...», ed. cit., p. 162.
16. Palabras de Juan Ramón Jiménez tomadas de *Espanoles de 3 mundos*, y acotadas por Vitier en *Lo cubano en la poesía* (ob. cit., p. 13). Si bien mucho se ha hablado del papel iniciador y formativo de Juan Ramón Jiménez (al igual que el de María Zambrano) en la vida de Cintio Vitier, y de gran parte del Grupo Orígenes, creemos imprescindible considerar la influencia de ambos pensamientos para el conocimiento pleno de la poética de este autor.
17. Cintio Vitier, *Lo cubano...*, ed. cit., p. 13.
18. Cintio Vitier, «Discurso de...», ed. cit., p. 162.
19. Cintio Vitier, *La espiritualidad de José Martí*, Ediciones Vivarium, La Habana, 2001, p. 14.
20. Sobre este sentido de la Historia como futuridad encontramos las siguientes palabras de Cintio como refutación: «Mientras mayores son nuestras dificultades, mayor tiene que ser nuestra libertad para sufrirlas y resolverlas. Toda la presión tiene que venir de las dificultades mismas, de la fatalidad que ellas suponen». (Cintio Vitier, «Resistencia y libertad», *Resistencia y libertad*, ed. cit., p. 109). Aunque muchas de las polémicas provocadas por las concepciones historicistas de Vitier se deben más a su identificación entre el concepto de «Patria» y el de «Revolución cubana» y de este modo son consecuencia de una postura totalmente ideológica, creemos que tal hipóstasis es plenamente consecuente con sus propias concepciones.
21. Cintio Vitier, «Discurso de...», ed. cit., p. 160.
22. Nos referimos a *Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*, Siglo XXI Editores, México, DF, 1975.
23. Cintio Vitier, «Previo Juan Ramón», ob. cit., p. 33.
24. A esta frase de José Martí, escrita en carta a su amigo Miguel Viondi (abril de 1880), Cintio se refiere en *Ese sol...*, ed. cit., cap. VIII.

Ivette Fuentes de la Paz

25. *Ibíd.*, cap. V.
26. *Ibíd.*, p. 150.
27. *Ibíd.*, p. 74.
28. Cintio Vitier, «La zarza ardiendo», *Experiencia de...*, ed. cit., p. 112.
29. *Ídem.*
30. San Agustín, «*In interiore homine habitat veritas*», *De vera religione*, XXXIX, 72, disponible en www.augustinian.villanova.edu.
31. Cintio Vitier, «La zarza ardiendo», ed. cit., p. 120.
32. Cintio Vitier, *Ese sol...*, ed. cit., p. 78.
33. Cintio Vitier, «Tres mensajes de José Martí», *Obras*, v. 7 (Temas martianos), Letras Cubanas, La Habana, 2005, p. 218.
34. Las reflexiones conjuntas entre ambos intelectuales sobre la figura de José Martí dieron por resultado el excelente libro *Diálogo sobre José Martí, el Apóstol de Cuba*, Centro de Estudios Marianos, La Habana, 2001.
35. *Ibíd.*. Léanse al respecto las palabras de Daisaku Ikeda, p. 234.
36. Cintio Vitier, «Palabras ante un diálogo», *Diálogo sobre José Martí...*, ob. cit., p. X.
37. Cintio Vitier, «La zarza ardiendo», ed. cit., p. 115.
38. Cintio Vitier, «El violín», *Experiencia de...*, ed. cit., p. 204.
39. Sobre estos conceptos, véase José Ferrater Mora, «El hombre nuevo», *Las crisis humanas*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
40. Cintio Vitier, «El rostro», *Antología poética*, Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 90.
41. Creemos acertado recordar, y apropiarnos, de lo que, en referencia a nuestro Apóstol, dice Vitier en su conferencia *La espiritualidad de José Martí* (ed. cit., p. 12): «Sin la voz de los profetas hebreos y sin el mensaje de Cristo, al que llamó “el hombre de mayor idealidad del Universo”, no es posible entender cabalmente a Martí».
42. Véase Israel I. Mattuck, «Los principios éticos», *El pensamiento de los profetas*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1962, pp. 74-5.
43. *Ibíd.*, p. 98.
44. Cintio Vitier, «La zarza ardiendo», ed. cit., p. 117.
45. Cintio Vitier, *La espiritualidad...*, ed. cit., p. 16.
46. Israel I. Mattuck, ob. cit., p. 81.
47. Cintio Vitier, «La tierra adivinada», *Obras*, v. 7, ed. cit., p. 164.
48. Cintio Vitier, «Sobre el humanismo de José Martí», *ibíd.*, p. 249.
49. Sobre el tema apunta Cintio: «Para Martí hay [...] también lo que siempre llamó la “religión natural”, innata y perecedera, cuyo centro es el amor militante al prójimo». Véase Cintio Vitier, «Sobre las ideas religiosas de José Martí. (Observaciones a una ponencia)», *Obras*, v. 7, ed. cit., p. 107.
50. Cintio Vitier, *Lo cubano...*, ed. cit., p. 483.
51. Las sutiles correspondencias existentes entre lo sucesivo como devenir histórico y la revelación fecunda de instantes prominentes que la poesía permite, las aborda Cintio en *Lo cubano en la poesía y Ese sol del mundo moral. Para una historia de la eticidad cubana*.
52. Cintio Vitier, *Lo cubano...*, ed. cit., p. 493.
53. Me gustaría apuntar entre estas indistinciones, más que correspondencias, a mi juicio nacidas más por un fervor de alma y sentimiento de amor que por una convicción conceptual, la idea de Eloísa Lezama Lima de hacer del culto lezamiano una «religión Lezama», que, según me expresara la hermana del poeta en carta personal, había sido pensada y compartida con Severo Sarduy.
54. Cintio Vitier, *Diálogo sobre José Martí...*, ed. cit., p. 309.
55. Israel I. Mattuck, ob. cit., p. 92.
56. *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Conferencia del Episcopado Mexicano, México, DF, 2004, p. 19.
57. *Ídem.*
58. Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, VI, 71, Carta encíclica, 14 de septiembre de 1998, disponible en www.vatican.va.
59. Cintio Vitier, «El violín», ed. cit., p. 192.
60. Cintio Vitier, «Palabras del Hijo Pródigo», *Vísperas*, Orígenes, La Habana, 1953, p. 306.
61. Cintio Vitier, «25 de diciembre de 2000», *Obras*, v. 7, ed. cit., p. 245.
62. *Ídem.*
63. Cintio Vitier, «La tierra adivinada», ed. cit., p. 165.
64. *Ídem.*
65. *Ibíd.*, p. 164.

© TEMAS, 2009